

» que la simonía sea extirpada enteramente en nuestro reino ,  
 » como crimen perniciosísimo á la Iglesia. 4º. Las promociones,  
 » colaciones , provisiones y disposiciones de las prelaturas,  
 » dignidades y otros beneficios eclesiásticos, cualesquiera que  
 » sean, se harán segun las reglas del derecho comun, de los  
 » santos Padres y de los concilios. 5º. Renovamos y aprobamos  
 » las libertades, franquicias, prerogativas y privilegios, otorga-  
 » dos por los reyes, nuestros antecesores, y por Nos, á las igle-  
 » sias, monasterios, y otros establecimientos de piedad, como  
 » tambien á las personas eclesiásticas. » Tal es el texto de la  
*pragmática sancion* conservado en los monumentos antiguos. Pero á estos cinco artículos, algunos ejemplares mas recientes añaden otro : « 6º. No queremos que de modo alguno se saquen  
 » ó recojan los impuestos y cargas que la curia romana ha im-  
 » puesto ó pudiera imponer á las iglesias de nuestros reinos,  
 » si no es por causa urgente y de nuestro pleno y libre con-  
 » sentimiento. » La autenticidad de este sexto artículo ha promovido las mas sérias discusiones entre los críticos. Todos los autores galicanos se han pronunciado por la afirmativa; pero nos parecen sobrado interesados en la causa para no ser un tanto sospechosos. El P. Tomásino, Roncaglia y otros críticos italianos han demostrado, con razones que creemos perentorias, que el sexto artículo, falsamente atribuido á san Luis, ha sido adición reciente, hecha por mano extraña. Cualquiera que sea la opinion que se siga en este particular, la controversia no presenta interés alguno en nuestros dias. Aun admitiendo la autenticidad dudosa del sexto artículo, preguntamos qué provecho se les sigue á los enemigos del pontificado y á los adversarios de la infalibilidad dogmática del papa. La exaccion de un impuesto ó tributo es un derecho de alto dominio ó de soberanía : los pontífices romanos no han pretendido ser nunca soberanos del reino de Francia. ¿Qué cosa mas natural que san Luis, en calidad de jefe y cabeza temporal, declare que no pueda exigirse ningun tributo ni gabela en su reino sin consentimiento suyo? ¿Había en eso materia para tanto hablar? — El nombre de san Luis ha sido introducido

mas directamente en lo que se ha convenido en llamar *libertades de la Iglesia galicana*; pero todo eso se apoya en un sofisma. En 1229, despues de la sumison de Ramon VII, conde de Tolosa, san Luis mandó publicar en todos los Estados del Languedoc el edicto siguiente : « Desde los primeros años de  
 » nuestro reinado, hemos buscado siempre la gloria de Dios y  
 » la exaltacion de nuestra santa madre la Iglesia. Esta ha pa-  
 » sado largo tiempo por duras tribulaciones en vuestras pro-  
 » vincias, ha sido desacatada por continuas rebeldías del  
 » pueblo y de los grandes. En consecuencia, ordenamos que  
 » en lo venidero las iglesias y los eclesiásticos del Languedoc  
 » gozen plena y libremente *de las inmunidades, franquicias y*  
 » *libertades de que goza todo el resto de la Iglesia galicana.* » Lo que queria san Luis era librar á las iglesias del Mediodía de la odiosa esclavitud á que la habian reducido los Albigenses. Tal es el sentido claro y neto del decreto. Los legistas franceses, queriendo interpretar en otro sentido la expresion de *libertades de la Iglesia galicana*, que se hallan aquí por la primera vez, no han sido sino sofistas é infieles traductores.

§ VIII. VACANTE DE LA SANTA SEDE. (29 de noviembre de 1268-1º de setiembre de 1271).

35. Los cardenales, reunidos en Viterbo, no pudieron entenderse en la eleccion de nuevo pontífice, despues de la muerte de Clemente IV. La Santa Sede vacó cerca de tres años. Este intervalo fué sin embargo señalado por la octava y última cruzada. El sultan de Egipto, Bibars-el-Bondockar, vencedor de Massoura, habia vencido á los cristianos de la Siria en varias circunstancias, y se habia apoderado de Damasco, de Tiro, de Cesarea, de Antioquía y de Jaffa. Sin embargo san Luis, desde 1254, no habia dejado de llevar la cruz sobre sus vestiduras, como para mostrar que aun no habia acabado su peregrinacion. Resolvió intentar nueva cruzada, que debia de ser mas desastrosa y estéril que las anteriores. Carlos de Anjou, su hermano, rey de Sicilia, y el príncipe Eduardo de Inglaterra se cruzaron con él. Luis IX, despues

de haber provisto al gobierno del reino con un consejo de regencia hábil y prudente, salió de Aguas Muertas el 1.º de julio de 1270. La flota tomó direccion para Caller, punto de reunion de todo el ejército expedicionario. Aun no se sabia por qué punto del imperio musulman se principiaria el ataque, cuando hé aquí que se presentan embajadores de Mohammed-Mostanser, rey de Túnez, en el campo de los cruzados. Declararon á san Luis que su amo queria hacerse cristiano y que contaba con la proteccion de los cruzados para protegerle contra Bibars, á quien habia de enfurecer esta conversion. El santo rey de Francia, no escuchando sino su piedad y no sospechando la perfidia del príncipe musulman, hizo velas para el África. El ejército francés desembarcó en las ruinas de la antigua Cartago; mas no habiéndose verificado la conversion de Mostanser, fué necesario sitiar á Túnez. El Infiel se defendió con valor. Muy pronto los calores excesivos, la mala agua y peores víveres infestaron el cuerpo expedicionario de fiebres malignas, que se llevaron mas de la mitad del ejército. El primer baron cristiano, Mateo III de Montmorency, sucumbió el 1.º de agosto. Los hijos del rey, Felipe, Tristan, Pedro de Francia, y el mismo rey fueron atacados. El 7, contrajo la peste Roaldo de-Grosparmy, uno de los legados. Habia mejorado Felipe, hijo del rey, pero san Luis se empeoraba mas y mas. Sostuvo este último combate con toda la grandeza de alma de un héroe cristiano. Sin perder su igualdad de ánimo, y superior á los tan desgraciados acontecimientos, no interrumpió ningún cargo de su real autoridad: mas ocupado en aliviar á sus soldados que á sí propio, no cesaba de prodigar toda suerte de cuidados á los suyos. Se estaba esperando la llegada de Carlos de Anjou, rey de Sicilia. « El 25 de agosto, » escribe Villeneuve-Trans, á penas si hacia reflectar al mar el » sol, cuando se divisaron en el horizonte marítimo los estandartes de la flota Siciliana; pero Carlos de Anjou no habia de ver » ya vivo á su santo hermano. Se acercaban apresuradamente » los últimos momentos de san Luis. A esta noticia, todo el » campo se conmueve. Alféreces reales, guerreros, heridos,

» enfermos, todos, todos acuden azorosos: se levanta uno de » los lados de la tienda real, y Luis, sostenido por sus fieles » servidores, aparece revestido de un largo cilicio, con una » cruz en sus manos lívidas, los ojos fijos en un lecho de cenizas esparcidas de priesa en la tierra seca. En aquella cama » deseaba espirar el piadoso rey. Isabel de Aragon, Amicia de » Artois, la reina de Navarra, la condesa de Poitiers disimulan » con grandísima pena sus sollozos: sus nobles esposos, hijos » del monarca espirante, Pedro de Alenzon, los señores, los » capellanes, los embajadores imperiales de Miguel Peleólogo » forman un cerco en torno del moribundo, cuya majestad » no brilló nunca mas pura que en aquel trono de dolor, llevando por cetro un crucifijo, por diadema la auréola de los » mártires, por dosel el cielo raso de Cartago, por Consejo pleno » un ejército lloroso, y por reino la eternidad. Atacado de los » mas agudos dolores, no se escapa de sus labios, ni una queja, » ni un murmullo, ni un pesar. Solo se le oye repetir con voz » apagada: ¡Oh Dios mio! compadeceos de este pueblo que » ha venido en mi seguimiento hasta estas playas! Volvedlo á » su patria, Señor, para que no se vea forzado á renegar de » vuestro santo nombre. » Dió entonces al príncipe Felipe, su hijo y sucesor, admirables preceptos de virtud y de gobierno. La muerte se apresuraba. Se le oyó decir muchas veces: « Jerusalem! Jerusalem! » Y en fin espiró pronunciando aquellas palabras del Salmista: « *Domine, introibo in domum tuam, » adorabo te apud sanctum templum tuum.* » ¡El rey es muerto! Viva el rey! esta exclamacion antigua de la monarquía no tuvo lugar porque lo impidió el dolor: los heraldos y los grandes oficiales de la corona callaron, y solo anunciaban una pérdida tan inmensa los sollozos, lágrimas y suspiros. La corona de Francia pasó, en tierra extraña, á las sienes de Felipe III, el Animoso. Roberto, conde de Clermont, el hijo menor de san Luis, acababa de casarse con Beatriz de Borgoña. De este descenden las familias reales de los Borbones de Francia, España y Nápoles, cuya historia, grandezas é infortunios van envueltos en los destinos del universo.

36. Se continuó empero el sitio de Túnez, y los Sarracenos, vencidos, pidieron paz. Felipe el Animoso, hijo de san Luis, y Carlos de Anjou, rey de Sicilia, concluyeron con Mostanser una tregua de diez años con favorables condiciones para la religion; y terminado esto trajeron él ejército á Europa. El príncipe Eduardo de Inglaterra aun no habia renunciado al proyecto de socorrer á los cristianos de Jerusalem, y vino á desembarcar en la Palestina con sus tropas. Se le unieron los caballeros del Temple y del Hospital, y juntos lograron no pocas ventajas sobre los infieles; pero la muerte de Enrique III, en 1272, hizo necesaria en Inglaterra la presencia de Eduardo. Así acabó la octava y última cruzada. Cuantos esfuerzos hicieron despues los papas para reanimar á la Europa por la guerra santa fueron estériles; y los cristianos de la Palestina, abandonados á su propia flaqueza, sucumbieron por último bajo el poder de los Mamelucos. Perdieron sucesivamente las ciudades y fortalezas que poseian en la costa del mar. Tortosa, Laodicea, Trípoli, caída en manos de infieles, fueron saqueadas é incendiadas. Por fin, en 1291, el sultan Khalil-Archraf sitió á san Juan de Acre al frente de doscientos mil Sarracenos. Este último asilo de los cristianos sucumbió, y con él todo el imperio de los Francos, en el Asia. El resto de las tres órdenes militares de caballeros se retiró á la isla de Chipre, que formaba entonces un reino latino independiente.

37. Al juzgar las cruzadas por su triste resultado, no se veria en ellas sino una serie de expediciones desgraciadas, desastres y guerras sin fruto. Así las han juzgado y juzgan aun hombres superficiales, ó muy ajenos de entrar en los designios superiores de la Providencia, que solo puede revelarnos la doctrina católica. Para estimarlas en su justo valor, seria menester demostrar la influencia que estas expediciones lejanas y religiosas ejercieron sobre los pueblos, domando su energía todavía bárbara; sobre los grandes, obligándolos á la paz interior; sobre toda la Europa, dándole unidad política por la fusion de las poblaciones y por la comunidad de miras é intereses; y en fin sobre el comercio y la industria, estableciendo comunicaciones

frecuentes y regulares entre el Oriente y Occidente. « Cuando » en la edad media, dice el conde de Maestre, fuimos al Asia, » con espada en mano, para tratar de romper en su propio terreno aquella temible cimitarra que amenazaba á todas las libertades de la Europa, los Franceses se pusieron al frente de » aquella memorable empresa. Un simple particular que no ha » transmitido á la posteridad sino su nombre de bautismo, y su » modesto sobrenombre de *Ermitaño*, ayudado solamente de la » fe y de su voluntad invencible, levantó la Europa entera, » atemorizó al Asia, destruyó la feudalidad, ennobleció á los » siervos, transportó la antorcha de las ciencias, y cambió la » Europa. » Tal es el verdadero punto de vista bajo del cual ha de mirarse la historia de las cruzadas para conocer, sin entrar precisamente en las ideas puramente cristianas, las inmensas ventajas que de ellas han reportado la humanidad y la civilizacion.

§ IX. PONTIFICADO DE GREGORIO X (1º de setiembre de 1271-10 de enero de 1276).

38. Felipe III el Atrevido (mas bien el Animoso) atravesó la Italia al regresar á Francia. Traia á San Dionisio [Panteon de los antiguos reyes de Francia] cinco féretros, conteniendo los huesos del rey, su padre; del conde de Nevers, su hermano; del rey de Navarra, su cuñado; de Juana de Aragon, su esposa; y del niño á quien, moribunda, habia dado á luz. Jamás se habia visto necrópolis real con tanto luto. Al pasar por Viterbo, Felipe el Animoso habia suplicado á los cardenales concluyesen en fin la eleccion pontifical y diesen pastor supremo á la Iglesia. El 1º de setiembre de 1271, los votos, por tan largo tiempo divididos, recayeron en fin por influencia de san Buenaventura en el arcediano Teobaldo Visconti, que entonces se hallaba en calidad de legado apostólico, en compañía de Eduardo, en la Palestina. El nuevo papa recibió el acta de su eleccion en San Juan de Acre, el 27 de Octubre, y tomó el nombre de Gregorio X. Esta promocion dió halagüeñas esperanzas á los cristianos de la Tierra Santa. En un discurso que dirigió al